



Mª Luisa Piñeiro Maceiras

La noche siguiente, la primera después de la muerte de Quini, Pepe y yo nos quedamos hablando de él hasta muy tarde. Fue así como me vino la idea de contar la parte de la vida que vivimos con él. Después tuve muchas dudas y lo dejé de lado, durante algunos días, pensando que la muerte había marcado un final. Y fue después de haber hablado con los que también fueron sus amigos de siempre, cuando surgió como una evidencia que el decir algo en su memoria sería hacerlo también en mi memoria, y en nuestra memoria, desde la cercanía que tuvimos con él y desde el tiempo de la vida que pasamos juntos.

Pensamos que habría que escribir algo natural y espontáneo desde el sentimiento, y sin embargo hablamos de que alguien lo hiciera en nuestro nombre. Más tarde, me di cuenta de que con el dolor de la pérdida y de la pena, parecíamos tener las ideas desordenadas y nos habíamos quedado anestesiados, sorprendidos, como perdidos y sin saber qué hacer. Ahora creo que el *tsunami* de dolor que a mí me produjo la muerte de Quini sólo lo puedo ordenar con la escritura, cosa que también me había sugerido Pepe aquella noche, insistiendo en que para comprenderlo mejor, tenía que escribirlo.

La noche de su muerte, busqué los álbumes de fotos, los abrí sobre la mesa del salón y los ojeé lentamente buscando las fotos en las que él estuviera. Eran álbumes de muchas fotos, de muchas actividades, de muchos amigos, muchas otras veces ojeados. Pero, esa noche, lo vi a él riéndose, protestando, aplaudiendo, bebiendo, fumando, huyendo de la cámara, conduciendo, pedaleando, dando órdenes, gesticulando, comiendo cocidos, dando premios de concursos de fotografía, o comiendo tortilla en Casa Félix en Murias. También

leí sus cartas en las que protestaba, describía, y contaba los inicios de su actividad de entrenador deportivo en Málaga, así como los desamores que sentía por la tierra andaluza. Eran cartas en las que él y yo hablábamos de todo, de política, de derecho, y de la actualidad de entonces, con interminables bromas, llenas de entusiasmo y optimismo sin fin.

La última vez que hablé con él fue en noviembre de 2012. Lo sentí hundido por el cáncer que tenía dentro y que trabajaba para destruirlo vivo. La fuerza que siempre había tenido se había apagado, y casi había desaparecido. La enfermedad se había hecho un camino en sus entrañas hasta los pliegues del cerebro. Me dijo que sus pensamientos no lo dejaban concentrarse en la lectura, y que por eso, a veces, para evadirse salía a caminar.

Pero noté su voz muy cansada, y no sé por qué imaginé que esa sería la última vez que hablara con él.

Al volver a casa en metro, el 23 de febrero de 2013, después de la visita al salón de *Classic Auto* con Pablo, Inocente y Manín, me volvió a asaltar la idea de escribir un relato breve que se leyera en poco tiempo, que contara lo que vivimos con Quini -o lo que yo viví- y que hiciera compartir la emoción que hoy sentimos al recordarlo, y que todos llevamos dentro. Habría que escribirlo sin ficción y con realidad, tal y como él hubiera querido que se hiciera. Muchos de los acontecimientos sucederían en Astorga, describiría lugares y sitios que existen, incluiría a personas que viven allí, que han estudiado en el mismo instituto de Enseñanza Media que él, que han tenido a los mismos profesores, que han compartido con él «noches de copas» y sobre todo que han tomado muchos cafés en el Bar Caribú o en la Cafetería



Haiti. Tendría que ser, como era él, alegre, jovial y entusiasta, lo contrario de un relato de desgracias y mentiras, pero sin olvidar que la prueba de la enfermedad supuso para él una confrontación con la amarga realidad, concepto que siempre le había acompañado y que perseguía a toda costa. Por eso decidí hacerlo de la manera más fácil posible.



Cena en Murias de Rechivaldo a finales de la década de los ochenta. Quini es el tercero por la izquierda.

Estamos en febrero de 1987. Yo tenía 27 años, vivía en Madrid, preparaba oposiciones para la Escuela de Idiomas y para subsistir daba clases de francés en una academia llamada Liceo Sol que estaba en la calle Cádiz, cerca de la Puerta del Sol. El año anterior yo había presentado una tesina sobre la visión y el significado de la tauromaquia en *Le Chaos et la Nuit* y *Les Bestiaires*, dos novelas del escritor francés Henry de Montherlant, que era un apasionado de España. El tema de mi tesina me había obligado a estudiar el significado de las metáforas de la tauromaquia y a familiarizarme con el mundo de los toros. Durante todo ese año, con Quini hablé mucho de toros, e incluso asistimos a algunas corridas en la Plaza de las Ventas de Madrid. Y aunque, con el tiempo, él se convirtió en un naturalista de serios principios, fue una de las primeras personas con quien compartí interesantes conversaciones e interpretaciones sobre la tauromaquia. Él me ayudó a saber mirar e interpretar las corridas de toros y a observar en ellas muchos aspectos que me sirvieron para comprender a Montherlant. En una de ellas, vimos tomar la alternativa a Julio Norte, un torero de Astorga. Recuerdo que, desde el Tendido Bajo del 8, oímos cómo los espectadores tradicionales de la parte de Andanada -siempre muy críticos con las faenas- gritaban para recalcar la valía del torero: *¡Y es de Astorga!* Esta frase oída en la Plaza de las Ventas nos gustó mucho, y nos hizo reír muchas veces, pero a Quini le enorgulleció especialmente que, de

ese modo, se valorase abiertamente lo leonés y mucho más lo astorgano.

Ese año, Quini acababa de cumplir 28 años, era funcionario de la Administración Pública y estaba destinado en Málaga; allí también estudiaba Derecho en la Universidad. Pocos días antes de su 28 cumpleaños me escribió. Nos escribíamos siempre cartas con pluma estilográfica. En esa carta me decía que le encantaba cómo escribía su pluma, a la que siempre tuvo un especial apego. Y respecto a la tinta que él utilizaba, me decía que «era de funeraria», porque era negra. Yo, en aquella época, utilizaba siempre tinta azul, más bien clara, y él decía siempre que mi tinta tenía un color «higiénico». Me hablaba del mal humor que le producía el ambiente malagueño, de lo insoponible del calor en la Costa del Sol mientras estudiaba, y donde él se sentía como un exiliado, siempre anhelando volver a Astorga, y con fuertes deseos de estar cada vez más cerca de los que éramos de allí.

Había estudiado el Bachillerato de Ciencias. Demostró siempre un gran interés por las humanidades y un enorme deseo por acercarse a lo real y a lo humano. Ahora, al recordarlo y al repasar muchas situaciones y circunstancias que vivimos juntos, creo que hubiese podido ser un buen juez, como demostraba su interés por las cuestiones jurídicas, o quizá también un gran policía por su carácter autoritario y su espíritu especialmente ejecutivo y directivo. Sin embargo, desde que yo lo conocí, demostró siempre un especial interés por ser entrenador de fútbol. En cada una de sus cartas hablaba siempre de actividades y preocupaciones futbolísticas, me contaba sus anhelos, sus intereses y sus emociones deportivas. Y esa vocación que siempre tuvo, la desarrolló de manera brillante a lo largo de su vida. Para mí hoy es emocionante recordar cómo sus primeros deseos se convirtieron en una realidad que le proporcionó siempre gran alegría y satisfacción.

Su carácter entusiasta, emprendedor, vital y apasionado, que hoy todos recordamos, hace casi imposible creer que no haya podido vencer la enfermedad y que ésta haya sido capaz de quitarle las fuerzas, toda la fuerza que él tenía.

Madrid, 24 de febrero de 2013